

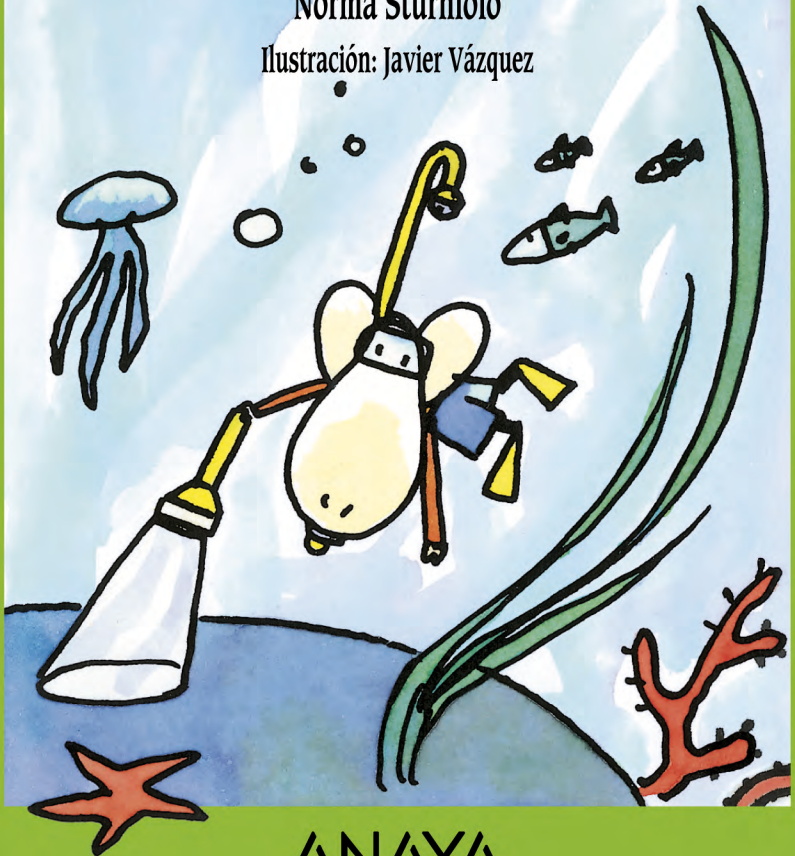


EL DUENDE VERDE

EL MONO FEDERICO Y EL AGUA

Norma Sturniolo

Ilustración: Javier Vázquez



ANAYA

*Cuando bebas agua,
acuérdate de la fuente.*

(PROVERBIO CHINO)

*Para María, cuyo
nacimiento ha sido
fuente de felicidad.*

1

EN EL FONDO DEL MAR

EN el país de los monos están muy atareados con la llegada del Carnaval. Unos cosen los trajes, otros visitan las tiendas de disfraces...

Todos piensan en sus disfraces. Todos... menos Federico. Él piensa en la playa, en bucear y en estrenar su nueva escafandra de color amarillo. Se ha comprado una linterna, una pizarra y un lápiz impermeables para usar bajo el agua.

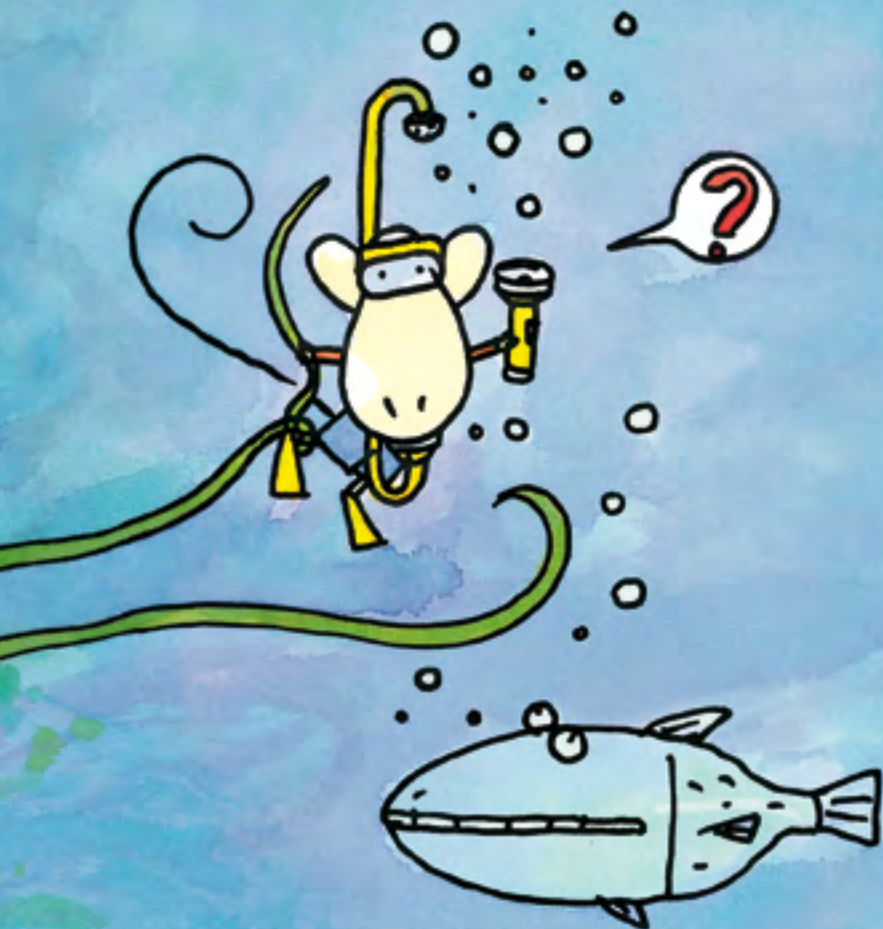


Hoy es sábado. Hace calor. Federico bucea feliz en las aguas del mar. De repente, no puede avanzar. Se ha enredado con unas plantas marinas. Intenta liberarse, pero es peor. Lo único que logra es enredarse aún más. ¡No hay nadie cerca para ayudarlo!

Patalea y mueve los brazos, hasta que se lleva las manos a los bolsillos y descubre que en uno de ellos hay un cuchillo pequeño pero muy afilado. Enseguida corta los lazos formados por las plantas.



«¡No hay aventura sin riesgos, y yo soy un súper mono que sabe cómo vencer el peligro!», se dice con orgullo.



Ha llegado a un lugar que está muy oscuro. Enciende la linterna.

—¡Huy! ¿Y esos peces tan raros?
¡Eh!, ¿qué es eso que estoy oyendo?

Saca la pizarra y el lápiz, y escribe:

Oigo unas voces marinas.
Aquí está muy oscuro.
Hay unos peces extraños que
tienen luz en su cuerpo.



¡Menudos tragaldabas son los peces luminosos! En un abrir y cerrar de ojos, se han comido varias medusas, gusanos y moluscos.



Ve un grupo de peces pequeños que nadan muy juntos. Han descubierto a un pez dragón con un gran tentáculo rematado por una bola luminosa.

—Ese de ahí da un susto al miedo —dice uno de los peces.

Encienden y apagan las luces que tienen en el vientre para despistarlo. Pero no lo consiguen, y el gran pez los devora.

Federico está indignado. El pez dragón lo mira. Encoge su tentáculo y parece decirle: «Es la ley del mar».

Luego abre y cierra la boca varias veces, y de ella salen burbujas.

«Estará eructando, después de semejante comilona», piensa Federico mientras se aleja del pez dragón.

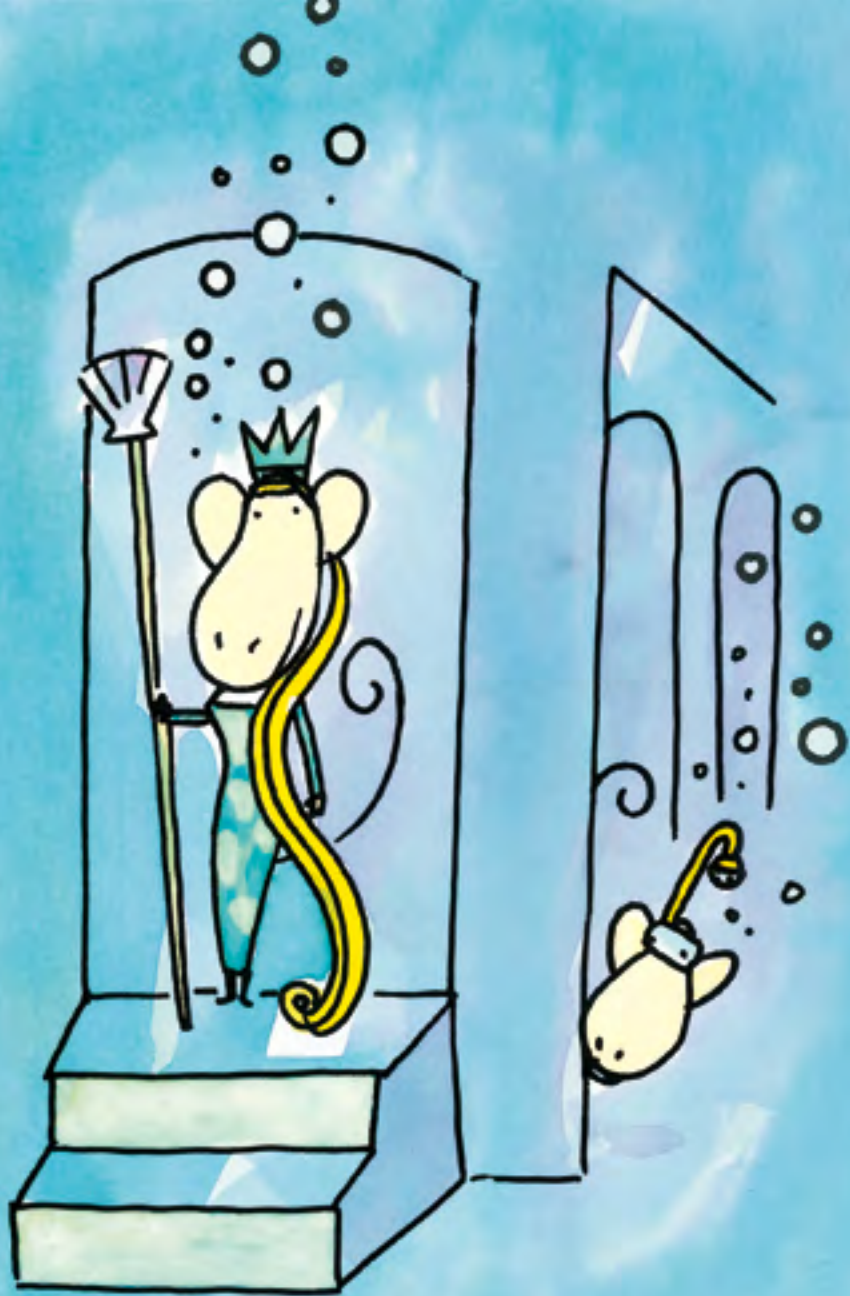


De pronto, ve un palacio en medio de un jardín de corales, esponjas y estrellas de mar. Llega una carroza tirada por delfines.

Federico se esconde detrás de unas algas rojas y amarillas. Unos peces muy elegantes descienden de la carroza. Están vestidos de frac, esmoquin, llevan chaquetas con galones dorados, sombreros de copa...

Federico camina de puntillas hacia la puerta trasera del palacio. La abre sin hacer ruido. Oye un coro muy afinado de ballenas. Guiado por el sonido de sus voces, se dirige al salón. Las señoritas y señoras peces están deslumbrantes con sus vestidos de seda, de raso, de terciopelo.

De repente, la música cesa y hace su aparición la reina del mar. Todos los ojos se vuelven hacia ella.



«¡Esto sí que es extraordinario!
—piensa Federico—. La reina del mar
¡es una mona!».

La mona-reina tiene largos cabellos dorados que descienden hasta los pies en forma de cascada ondulada. Lleva un vestido de seda color verde agua con bordados de caracolas.

Federico es sacudido con suavidad.

—¡Eh, hum, ooh! —exclama.

Oye una voz que dice:

—Si sigues estando al sol, te pondrás rojo como una langosta.

Federico se sobresalta.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

Abre y cierra los ojos varias veces.

Ve el rostro de su abuela, la mona Julieta y poco a poco se da cuenta de lo que ha sucedido.

La casa de Julieta tiene un jardín con una piscina muy grande. Federico había leído un libro sobre la vida en el

mar, y cuando lo terminó, se echó sobre la colchoneta que estaba en la piscina. Tumbado boca arriba empezó a imaginar que era submarinista y se quedó dormido.

—Abuela, me has despertado cuando la reina del mar aparecía en mi sueño —protesta.

—No refunfuñes y cuéntame ese sueño —le dice Julieta.



Al contarlo, Federico no puede evitar añadir alguna cosilla que no estaba en el sueño, porque es muy fantasioso.

—Un bonito sueño —comenta Julieta.

—Sí, pero...

La abuela no le deja terminar:

—Pero en la vida real te espera algo delicioso. He estado haciendo una comida que te gusta mucho.

Federico se relame de gusto y enfila hacia la cocina.

—Un momento, monito mío, primero tienes que ducharte.

Él finge no haberla oído, pero su abuela se interpone en su camino y le señala el cuarto de baño.

Suena el teléfono. Es Rosalía, la mamá de Federico. Julieta le cuenta el sueño que tuvo su hijo, y añade:

—Le gusta tanto el agua...

—Ya sé lo que vas a decir, que parece que tiene el corazón de un pez—
—la interrumpe Rosalía con tono de enfado—. Desde que te oyó decir lo del corazón de un pez, lo repite siempre que puede.



—Y eso ¿qué tiene de malo?

—pregunta Julieta.

—Que con la excusa de que tiene el corazón de un pez se queda jugando en la bañera un montón de tiempo. El caso es que el agua se enfría y él vacía y llena la bañera hasta los topes muchas veces. El agua se derrama, moja el suelo del baño y, a veces, llega hasta el salón.

—Pero tú y Quique, ¿habéis hablado con él? —Quique es el padre de Federico y el hijo de Julieta.

—Claro que lo hemos hecho, Quique le ha dicho a Federico que el agua es un bien limitado que hay que cuidar, pero sigue igual.

Cuando acaba de hablar por teléfono, Julieta mueve la cabeza hacia un lado y hacia otro. Siempre que está preocupada, los movimientos de su cabeza parecen decir: «No, no».